



IV

Bajo las murallas de Cartago

---



Los habitantes de la campiña, montados en asnos ó corriendo á pie, pálidos, sin aliento, locos de terror, llegaron á la ciudad. Hufan ante el ejército. En tres días había salvado la distancia que existe entre Sica y Cartago para arrasar esta última.

Cerráronse las puertas y casi al mismo tiempo aparecieron los bárbaros; pero se detuvieron en mitad del istmo, á orillas del lago.

Al principio no se mostraron hostiles. Muchos se acercaron ostentando palmas. Se les rechazó á flechazos porque inspiraban un terror indecible.

Por la mañana y al anochecer, se veía á algunos de los mercenarios errar á lo largo de las murallas. Se hacía no-

tar sobre todo por su persistencia un hombrecillo cuidadosamente envuelto en un manto y cuyo rostro desaparecía bajo una visera. Durante largas horas permanecía mirando el acueducto con tal insistencia, que sin duda quería engañar á los cartagineses acerca de sus verdaderos designios. Otro hombre le acompañaba, que era una especie de gigante que iba con la cabeza desnuda.

Pero Cartago estaba bien defendida en toda la extensión del istmo, primero por un foso, después por un talud cubierto de césped, y por último, por la muralla, alta de treinta codos, toda de piedra de sillería, formando doble cuerpo.

De trecho en trecho se levantaban sobre el segundo cuerpo grandes torres almenadas que sustentaban escudos de bronce suspendidos á unos grandes garfios.

Aquella primera línea de murallas defendía el barrio de Malqua, donde vivían marineros y tintoreros. Se veían los mástiles en que se secaban las velas de púrpura, y en las últimas terrazas las hornillas de arcilla para cocer la salmuera.

En la parte opuesta de la ciudad extendía en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica. Las había de piedra, de madera, de guijarros, de caña, de tapia. Los bosques de los templos, formaban como lagos de verdura en aquella montaña de bloques pintados de diversos colores. Las plazas públicas la nivelaban á distancias desiguales. Innumerables callejuelas, entrecruzándose, le surcaban de uno á otro extremo.

Se advertía aún los recintos de los tres antiguos barrios; se levantaban aquí y allá como grandes escollos, alargando sus enormes masas, cubiertas de plantas trepadoras ennegrecidas por las inmundicias, y las calles pasaban por sus aberturas profundas como los ríos bajo los puentes.

La colina de la Acropolis, en el centro de Byrsa, desaparecía bajo un desorden de monumentos. Veíanse templos de columnas con capiteles de bronce, conos de piedra con

rayas de azur, cúpula de cobre, arquitrabes de mármol, contrafuertes babilónicos, obeliscos apoyados y hundidos en el suelo por la punta, semejantes á antorchas invertidas. Los peristilos llegaban á los frontones; las volutas serpenteaban entre las columnatas; las paredes de granito sostenían techumbres de tejas, y todos aquellos edificios subían uno sobre otro, ocultándose á medias de una manera maravillosa é incomprensible. Se advertían allí la sucesión de las épocas y el recuerdo de patrias olvidadas.

Detrás del Acropolis, en terrenos arcillosos, el camino de los mappales bordeado de tumbas, llegaba en línea recta desde la plaza hasta las catacumbas; grandes casas se erguían en el centro de los jardines, y aquel tercer barrio, Megara, la ciudad nueva, llegaba hasta el borde del acantilado, donde se levantaba un gigantesco faro que ardía todas las noches.

Cartago se desplegaba así ante los soldados que ocupaban la llanura.

Desde lejos reconocían los mercados, las encrucijadas; disputaban acerca del sitio y del nombre de los templos. El de Khamon, enfrente de los Sisitas, tenía tejas de oro; Melkarth, á la izquierda de Eschmun, ostentaba en su techo ramas de coral; Tanit, más allá, redondeaba entre palmeras su cúpula de cobre. El negro Moloch estaba al pie de las cisternas, hacia el faro. En el ángulo de los frontispicios, en lo alto de las paredes, en las esquinas de las plazas, por todas partes, se veían divinidades de asquerosas cabezas, colosales ó rechonchas, con vientres enormes, con las fauces abiertas, extendidos los brazos y llevando en la mano horcas, cadenas ó javalinas; y el azul del mar, dibujándose en el fondo de las calles, las hacía parecer más escarpadas por un efecto de perspectiva.

Una multitud bulliciosa las llenaba desde la mañana hasta la noche; mancebos que agitaban campanillas, voceaban en la puerta de los baños; las tiendas de bebidas calientes humeaban, y por donde quiera resonaba el ruido

de los yunques y el mugir de las fraguas. Los gallos blancos, consagrados al Sol, cantaban en las terrazas; los bueyes que se degollaban mugían en los templos, los esclavos corrían con cestas en la cabeza, y en los vanos de los pórticos, algún sacerdote aparecía envuelto en su obscuro manto, con los pies descalzos y el gorro puntiagudo.

Aquel espectáculo de Cartago irritaba á los bárbaros. La admiraban, la execraban y á la vez hubiesen querido habitar la ciudad y destruirla. ¿Qué había en el Puerto Militar defendido por triple muralla? Luego, detrás de la ciudad, en el fondo de Megara estaba más alto que el Acropolis, el palacio de Hamilcar. Los ojos de Matho se fijaban de continuo en él. Subía á los olivos y se inclinaba, resguardando con la mano sus ojos para ver mejor.

Los jardines estaban vacíos, y la puerta roja con la cruz negra permanecía siempre cerrada.

Más de veinte veces dió la vuelta á las murallas buscando alguna brecha para entrar. Una noche se echó al golfo y durante tres horas nadó sin descanso. Llegó hasta el pie de los Mappales y quiso subir por el acantilado. Desollóse las rodillas, rompióse las uñas y cayó de nuevo al agua sin lograr su objeto.

Su impotencia le exasperaba, estaba celoso de aquella Cartago que encerraba á Salammbó, como de alguien que la hubiera poseído. Desapareció su enervamiento, y un ardor continuado de acción le dominaba. Con las mejillas inflamadas, irritados los ojos, ronca la voz, atravesaba con paso rápido el campamento, ó bien sentado en la orilla, frotaba con arena su enorme espada. Disparaba flechas contra los buitres que pasaban. Su cólera se expandía en palabras furiosas.

—Dá rienda suelta á tu cólera, como un carro arrebatado por sus corceles,—decía Spendio;—grita, blasfema, destruye y mata. El dolor se mata con sangre, y ya que no puedes satisfacer tu amor, conserva tu cólera, ella te sostendrá.

Matho tomó el mando de sus soldados. Les hacía maniobrar sin descanso. Se le respetaba por su valor y por su fuerza sobre todo. Inspiraba además una especie de terror místico, pues se creía que por la noche hablaba con fantasmas. Los otros capitanes se animaron al ver su ejemplo. El ejército adquirió pronto severa disciplina. Los cartagineses oían desde sus casas los toques de atención y mando. Al cabo los bárbaros se acercaron.

Para aplastarlos en el mismo, hubiese sido preciso que dos ejércitos les acometieran á la vez, uno por el golfo de Utica, otro por la montaña de Aguas Calientes. Pero, ¿cómo hacerlo con la sola Legión sagrada, fuerte de seis mil hombres á lo sumo?

Si se inclinaban hacia Oriente, se juntarían á los nómadas é interceptarían el camino de Cyrene y el comercio del desierto. Si se replegaban hacia occidente, sublevaríase la Numidia. La falta de víveres les haría devastar como una nube de langostas, las campiñas; los ricos temblaban por sus hermosas quintas, por sus viñas, por sus cultivos.

Hannon propuso medidas atroces é impracticables, tales como prometer fuertes sumas por cada cabeza de bárbaro, ó que por medio de buques y máquinas se incendiara su campamento.

Su colega Giscon quería, por lo contrario, pagarles. Pero á causa de su popularidad, los Antiguos le detestaban, pues tenían una dictadura, y por terror de ella y de la monarquía, se esforzaban en atenuar lo que de ellas subsistía ó lo que podía restablecerlas.

Fuera de las fortificaciones habitaba una raza de origen desconocido, compuesta de cazadores de puerco espines, que se alimentaban de moluscos y serpientes. Iban á las cavernas á coger hienas vivas, que por las noches hacían correr por las arenas de Megara, entre las agujas petreas de las tumbas. Sus cabañas de barro estaban pegadas al acantilado como nidos de golondrinas. Vivían allí sin gobierno y sin dioses, entremezclados, completamente des-

nudos, á un tiempo débiles y feroces, y execrados desde antiguo por el pueblo á causa de su alimentación inmunda. Los centinelas advirtieron un día que todos habían partido.

Por fin se decidieron los miembros del Gran Consejo. Fueron al campamento sin collares ni cinturones, calzando sandalias descubiertas, como vecinos. Adelantaban con calma, saludando á los capitanes, ó se detenían hablando á los soldados, para decirles que todo había acabado, y que se atenderían sus reclamaciones.

Muchos de ellos no habían visto nunca un campamento de mercenarios. En vez de la confusión que se imaginaban, reinaba por do quier un orden y un silencio aterradoros.

Una alta trinchera de tierra recubierta de musgo, encerraba el ejército como dentro de una alta muralla, inmóvil al choque de las catapultas. El piso de las calles estaba regado con agua fresca. Por las aberturas de las tiendas, se veían relucir las pupilas amarillentas de los soldados. Los haces de picas y las panoplias, deslumbraban á los cartagineses como espejos. Hablaban en voz baja. Temían derribar algún objeto con sus largos mantos.

Los soldados pidieron víveres, diciendo que se pagarían con el dinero que les debían.

Se les enviaron bueyes, carneros, pintadas, frutas secas, carnes saladas, pero rechazaban desdeñosamente los mejores manjares, denigraban lo que se les ofrecía y querían pagar las cabras al precio de los pichones, y las aves al precio de la fruta. Los comedores de cosas inmundas, ejerciendo de árbitros, afirmaban que se les engañaba. Entonces tiraban de sus espadas y amenazaban matar.

Los comisarios del Gran Consejo escribieron el número de años que se debía á cada soldado, pero ahora era imposible saber á punto fijo cuántos mercenarios tenían derecho á ser pagados, y los Antiguos se asustaron ante lo exorbitante de la suma que deberían abonar. Era preciso

vender la reserva de Silfo, sobrecargar de tributos las colonias; los mercenarios se impacientaban, y Túnez les apoyaba. Los ricos, aturdidos por el furor de Hannon y los reproches de su colega, recomendaron á los ciudadanos que conocían á algún bárbaro, que fueran á visitarle, esperando que así calmarían su cólera.

Comerciantes, escribas, obreros del arenal, familias enteras fueron al campamento.

Los soldados dejaban entrar en el campamento á cuantos lo pedían, pero por un solo paso tan estrecho que no podían atravesarlo cuatro hombres de frente. Spendio, de pie junto á la barrera, les hacía registrar con cuidado. MATHO, frente á él, examinaba aquella muchedumbre, tratando de hallar á uno á quien [hubiese visto en el palacio de Salambó.

El campamento parecía una ciudad, según la agitación y la multitud que en él se advertía. Las dos muchedumbres distintas se mezclaban sin confundirse, una, vestida de tela ó de lana con casquetes de fieltro en forma de piñas, y la otra, revestida de hierro, y con cascos. Entre los criados y los vendedores ambulantes, paseaban mujeres de todas las razas, morenas como dátiles maduros, verduzcas como aceitunas, amarillas como las naranjas, vendidas por los marineros, escogidas en los lupanares, robadas á las caravanas, cogidas en el asalto de las ciudades, á quienes se hartaba de amor mi entras eran jóvenes, y de palos cuando viejas, y que después de una derrota, perecían á lo largo de los caminos, entre los bagajes, junto á las bestias de carga abandonadas. Las mujeres de los nómadas balanceaban sobre sus talones túnicas de pelo de dromedario de color obscuro; negras, muy viejas, de pechos pendientes, recogían para hacer fuego el fiemo de los animales, que hacían secar al sol; las siracusanas llevaban discos de oro en la cabellera, las lusitanas collares

de conchas, las galas pieles de lobo sobre su blanco pecho; y arrapiezos robustos, sucios, asquerosos, desnudos, incircuncisos, daban cabezadas en el vientre de los compradores, ó como tigrezuolos les mordían las manos.

Los cartagineses se paseaban á través del campamento asombrados al ver la abundancia que allí reinaba. Los más pobres estaban tristes, y los otros disimulaban su inquietud.

Los soldados les daban golpecitos en el hombro, invitándoles á divertirse. En cuanto advertían algún personaje de nota, le invitaban á tomar parte en sus juegos.

Cuando jugaban al disco, se las arreglaban para aplastarle los pies, y si se batían á puñadas, de la primera le rompían la mandíbula. Los honderos asustaban á los cartagineses con sus hondas. Los psylos con sus víboras, los jinetes con sus caballos. Aquellos mercaderes, al recibir esos ultrajes, bajaban la cabeza y se esforzaban por sonreír.

Algunos, para demostrar que eran valientes, afirmaban que querían ser soldados. Entonces se les obligaba á partir leña y á limpiar los mulos. Se les encerraba en una armadura y se les hacía rodar como toneles por las calles del campamento. Luego, cuando querían partir, los Mercenarios se mesaban los cabellos, haciendo contorsiones grotescas.

Algunos de los soldados, imaginaban que todos los cartagineses serían ricos de un modo desmedido, y les seguían por doquiera, pidiéndoles todos los objetos que excitaban su codicia, sus sortijas, sus sandalias, sus brazaletes, sus cinturones. Cuando ya les habían despojado, y no les quedaba nada, si el cartaginés decía: «¿Qué queréis de mí?» unos le contestaban: «Tu mujer» y otros: «Tu vida.»

Las cuentas militares se entregaron á los capitanes y á los soldados ya aprobadas en definitiva. Entonces reclamaron tiendas. Se les dieron las tiendas. Después los po-

lemarcas de los griegos pidieron algunas de aquellas armaduras preciosas que se fabricaban en Cartago. El gran Consejo, votó un crédito para adquirirlas. También era justo según decían los jinetes, que la República les indemnizara de la pérdida de los caballos. Uno afirmaba haber perdido dos en el combate; otro tres en un asedio, otro diez ó doce en marchas forzadas. Se les ofreció corceles de Hecatómpylos; prefirieron dinero.

Luego pidieron que se les pagara en plata, todo el trigo que se les debía al precio más alto á que se vendió durante la guerra, de suerte que algunos cobraron por una medida de harina más dinero que les había costado un saco entero de trigo. Aquella exigencia indignó á los cartagineses, pero les fué preciso someterse á ella.

Entonces los delegados de los soldados y los del Gran Consejo se reconciliaron, jurando por el Genio de Cartago y por los Dioses de los bárbaros. Siguiendo las costumbres orientales, se hicieron mil cumplidos y cortesías. Luego los soldados reclamaron como prenda de buena amistad, el castigo de los traidores que les indispusieron con la República. Se fingió no comprenderles. Entonces se explicaron más claramente diciendo que querían la cabeza de Hannon.

Muchas veces al día, abandonaban el campamento, se paseaban al pie de las murallas. Gritaban que se les echara la cabeza del sufeta y tendían sus mantos para recibirla.

El Gran Consejo hubiera cedido quizá á no ser por una última exigencia más injuriosa que las otras: pedían en matrimonio para sus jefes, vírgenes escogidas en el seno de las grandes familias. Era una idea de Spendio, que los demás creyeron razonable.

Pero aquella pretensión de querer mezclar su sangre con la sangre púnica, indignó al pueblo; se les dijo brutalmente que nada más recibirían. Entonces declararon que se les había engañado, y que si dentro de tres días no

se les pagaba su sueldo, irían á tomarlo dentro de Cartago.

La mala fe de los Mercenarios no era tan grande como podía suponerse, pues Hamílcar les había hecho promesas exorbitantes, vagas, pero solemnes y reiteradas. Pudieron creer al desembarcar en Cartago que se pondría á su disposición la ciudad, que se repartirían tesoros; y cuando vieron que apenas si podían cobrar su sueldo, la desilusión fué grande para su orgullo y para su avaricia.

Dionisio, Pirro, Agatocles, y los generales de Alejandro, ¿no habían dado el ejemplo de maravillosas fortunas? El ideal de Hércules que los cananeos confundían con el sol, resplandecía en el horizonte de los ejércitos. Se sabía que simples soldados llevaron diademas y el estruendo de los imperios que se derrumbaban hacia soñar á los galos en sus selvas de encinas y á los etiopes en sus arenas. Había un pueblo, dispuesto siempre á utilizar el valor de los hombres; y el ladrón echado de su asilo, el parricida, errante por los caminos, el sacrilego perseguido por los dioses, todos los hambrientos, todos los desesperados, trataban de llegar al puerto donde Cartago reclutaba sus soldados. Casi siempre sabía mantener la República sus promesas, pero en aquella ocasión, su avaricia estuvo á punto de causar su pérdida. Los númidas, los libios, el Africa entera, iba á lanzarse contra Cartago. Solamente el mar estaba libre, pero en el mar, encontraba á los romanos; y como un hombre asaltado por asesinos, sentía que la muerte aleteaba á su alrededor.

Fué preciso recurrir á Giscon; los bárbaros aceptaron su mediación. Una mañana, vieron bajarse las cadenas del puerto, y tres barcos de poco calado, pasando por el canal de la Tania, entraron en el lago.

En la proa del primero, estaba Giscon; detrás de él, y más alta que un catafalco, veíase una caja enorme, adornada de anillas, grandes como coronas. Aparecía luego la Legión de los intérpretes, peinados como las esfinges, y

llevando tatuado en el pecho un loro. Amigos y esclavos, en gran número, todos sin armas, acompañaban al general y á los intérpretes. El ejército acogió con aclamaciones aquellas tres barcas cargadas hasta los topes.

En cuanto Giscon desembarcó, los soldados corrieron á su encuentro. Hizo levantar una especie de tribuna con sacos, y declaró que no se iría antes de haberles pagado á todos.

Largos aplausos estallaron, y durante largo rato, no pudo hablar. Empezó exponiendo los errores de la República y los de los bárbaros; la culpa era de algunos alocados que con su violencia asustaron á Cartago. La mejor prueba de la buena intención que guiaba á los cartagineses, era su presencia allí, que desde antiguo era adversario del sufeta Hannon. No debían suponer que fuera tan inepto el pueblo que quisiera irritar á unos valientes como ellos, ni tan ingrato que desconociera sus servicios. Giscon empezó á pagar á los soldados, comenzando por los libios.

Desfilaron ante él por naciones, levantando sus dedos para decir el número de los años que se les adeudaba; los escribas tomaban las monedas del cofre abierto, y otros con un estilete, hacían agujeros en una lámina de plomo. A los soldados se les marcaba en el brazo izquierdo con pintura verde para que no pudieran volver á presentarse. Pasó ante el general un hombre que marchaba pesadamente como los bueyes.

—Ven aquí,—dijo el sufeta, sospechando algún fraude —¿cuántos años has servido?

—Doce años,—contestó el libio.

Giscon le tocó con los dedos bajo la mandíbula, para ver si allí tenía las callosidades que la carrillera del casco producía á la larga. ¡Ladrón! exclamó el sufeta, los callos que te faltan en el rostro, debes llevarlos sobre los hombros.

Y desgarrándole la túnica, descubrió su espalda cubier-

ta de roña sangrienta; era un labrador de Hippo-zaryta. Le silbaron; se le decapitó.

Cuando llegó la noche, Spendio despertó á los libios y les dijo:

—Cuando los ligurios, los griegos, los baleares y los italianos habrán recibido su paga, marcharán. Pero vosotros permaneceréis en Africa diseminados en cien pueblos distintos y sin ninguna defensa. Entonces la República se vengará! Desconfiad. ¿Vais á dar crédito á las palabras de Giscon? Los dos sufetas están de acuerdo. Este os engaña. Acordaos de la isla de los Esqueletos y de Xantippo que enviaron á Esparta en una galera podrida.

—¿Qué hacer?—preguntaban ellos.

—Reflexionad,—decía Spendio.

Los dos días siguientes transcurrieron empleados en pagar á los soldados de Magdala, de Leptis, de Hecatompylor; Spendio habló á los galos.

—Se paga á los libios, después se pagará á los griegos á los baleares, á los asiáticos y á los demás; pero á vosotros como sois pocos, no se os dará nada; no veréis ya vuestra patria! ¡No os darán barcos! Os matarán, para ahorrarse alimentos.

Los galos fueron á hablar al suffeta Autarito, aquel á quien Giscon hirió en el jardín de Hamílcar, le interpeló. Desapareció arrojado por los esclavos, pero juró vengarse.

Las reclamaciones, las quejas se multiplicaron. Los más obstinados penetraban en la tienda del suffeta; para enternecerle le tomaban las manos para hacerle palpar sus bocas sin dientes, sus brazos adelgazados, las cicatrices de sus heridas. Los que aun no habían recibido la paga, se irritaban; los que cobraron ya sueldo, pedían otro para sus caballos; y los vagabundos, los desterrados, tomando las armas de los soldados gritaban que se les desatendía. A cada instante llegaban grupos de hombres, las tiendas crujían, caían al suelo; la multitud apretada entre las mu-

rallas del campamento, oscilaba desde la puerta hasta el centro lanzando grandes clamores. Cuando el tumulto crecía demasiado, Giscon, apoyaba un codo en su cetro de marfil, y mirando al mar, permanecía inmóvil con la mano hundida en su barba.

A menudo Matho celebraba largas conferencias con Spendio. Después poníase en frente del suffeta, y Giscon sentía perpetuamente sus pupilas fijas en él, llameantes é implacables. Muchas veces á través, de la multitud, se lanzaron injurias sin oirse. Entre tanto la distribución continuaba y el sufeta sabía vencer todos los obstáculos.

Los griegos reclamaron acerca de la diferencia de monedas. Les dió tan claras explicaciones, que se retiraron sin chistar. Los negros reclamaron ser pagados en aquellas conchas blancas usadas por el comercio en el interior del Africa. Les ofreció pedir las á Cartago. Entonces, como los otros, aceptaron moneda. A los baleares se les había prometido algo mejor, mujeres.

El sufeta contestó que se esperaba para ellos una caravana de vírgenes; el camino era largo, tardarían seis lunas en llegar, cuando estarían bien gordas y con la piel aromatizada, se enviarían á las Baleares á bordo de galeras cartaginesas.

De repente Zaxas, vigoroso y fuerte ya, saltó sobre los hombros de sus amigos, y gritó:

—¿No guardas alguna para los cadáveres?

Al decir esto, mostraba en la muralla de Cartago la puerta de Khamon.

A los últimos rayos del sol las planchas de cobre que la revestían de alto abajo, resplandecían; los bárbaros creyeron ver lucir en ellas un rastro sangriento. Cuantas veces quiso hablar Giscon, sus clamores ahogaron sus palabras, al fin bajó lentamente y se encerró en su tienda.

Cuando salió de ella al apuntar el sol, sus intérpretes, que dormían al exterior no se movieron; permanecían tendidos boca arriba con los ojos fijos, la lengua entre los

dientes y el rostro azulado. Mucosidades blancas fluían de sus narices, y sus miembros estaban rígidos como si el frío de la noche los hubiese helado. Todos tenían en el cuello un apretado lazo de juncos.

La rebelión fué en aumento desde aquel instante. El asesinato de los baleares, recordado por *Zarxas*, confirmaba la desconfianza de *Spendio*. Imaginaban los bárbaros que la República sólo pensaba en engañarles. ¡Era preciso acabar! ¡No había necesidad de intérpretes! *Zarxas*, con una honda arrollada á la cabeza, cantaba canciones de guerra. *Autharito*, blandía su larga espada; *Spendio* daba armas á unos y animaba á otros. Los más fuertes procuraban cobrar por sí mismos, los menos furiosos, pedían que la distribución continuara. Nadie abandonaba sus armas y todas las cóleras iban contra *Giscon* en una ola tumultuosa de odio.

Algunos subían á su lado en la tribuna. Mientras se contentaban con vociferar injurias se les escuchaba con paciencia, pero si le ofendían personalmente inmediatamente eran lapidados ó se les cercenaba la cabeza. El montón de sacos estaba más rojo que un altar.

Después de las comidas, cuando habían bebido vino, eran temibles. Beber vino estaba prohibido en el ejército púnico bajo pena de muerte, y los Mercenarios levantaban ahora sus copas mirando hacia *Cartago* para ocuparse de su disciplina. A veces se entretenían en matar á los esclavos que contaban su dinero. La palabra *hiere* distinta en cada lengua, la comprendían todos.

*Giscon* sabía que la patria le abandonaba; pero á pesar de su ingratitude, no quería deshonrarla. Cuando le recordaron que se les había prometido barcos, juró por *Moloch* que se los daría él mismo á su costa, y arrancando su collar de piedras azules, lo lanzó entre la multitud como prenda de su juramento.

Los africanos reclamaron el trigo que les prometiera el Gran Consejo. *Giscon* enseñó las cuentas de los *Sysitas*,

trazadas con pintura violeta sobre pieles de oveja; y leyó cuanto había entrado en *Cartago*, mes por mes, día por día.

De repente se detuvo con los ojos dilatados, como si hubiese leído entre las cifras su sentencia de muerte.

En efecto, los Antiguos habían reducido fraudulentamente aquellas cifras y el trigo vendido durante la guerra figuraba á tan bajo precio, que era imposible no advertir el engaño.

—¡Habla!—gritaron,—¡más alto! ¡Ah! ¡trata de mentir, cobarde! Desconfíemos.

Durante unos momentos vaciló. Después, volvió á leer.

Los soldados, sin pensar que se les engañaba, aceptaron por buenas las cuentas de los *Sysitas*. Al ver la abundancia de *Cartago* se apoderó de ellos un terrible furor. Rompiéron la casa de sicomoro; estaba casi vacía.

Habían visto salir de ella tales sumas que la juzgaban inagotable. *Giscon* debía tener el oro en su tienda, Escalaron los sacos. *Matho* les guiaba y como gritaban «¡Dínerol! ¡dínerol!» *Giscon* contestó al fin:

—¡Que os pague vuestro general!

Les miraba de frente, sin hablar con sus grandes ojos amarillos que relucían en su rostro más pálido que su barba... Una flecha, detenida por las plumas, atravesaba su oreja y un hilillo de sangre se escurría desde su tiara hasta el hombro.

*Matho* hizo una señal, y todos adelantaron. *Spendio*, con un nudo corredizo le aprisionó las muñecas, otro le derribó y desapareció entre los remolinos de la multitud que invadía la tienda y la tribuna.

Saquearon su tienda. Sólo se halló allí lo indispensable para los usos cotidianos. Luego, buscando mejor, aparecieron tres imágenes de *Tanit* y una piedra negra, caída de la luna envuelta en una piel de mono. Muchos cartagineses habían acompañado á *Giscon*; todos eran gente de viso y partidarios de la guerra.

Se les arrastró fuera de las tiendas y se les precipitó en el foso de la basura. Fueron atados por el vientre á sólidas estacas y se les alargaba el alimento con la punta de una jabalina.

Autharito al mismo tiempo que los vigilaba, les injuriaba, pero como no comprendían su lengua no le respondían; los galos, de cuando en cuando, les echaban piedras para oírles gritar.

Al día siguiente una especie de inquietud se apoderó del ejército. Como no tenían contra quien dirigir su cólera, reflexionaban acerca de lo que habían hecho. Matho sentía una gran tristeza. Le parecía que indirectamente había ultrajado á Salambó. Los Ricos eran como una dependencia de su persona. Se sentaba por la noche á la orilla de su foso y en sus gemidos oía algo de la voz que llenaba su corazón.

Todos acusaban á los libios porque eran los únicos que habían cobrado, pero al mismo tiempo que crecían los odios entre nación y nación, comprendían todos que era muy peligroso entregarse á tales celos. Después de un atentado semejante, las represalias debían ser tremendas. Era preciso adelantarse á la cólera de Cartago. Todo se volvían conciliábulo y arengas. Todos hablaban y nadie escuchaba. Spendio ordinariamente tan locuaz meneaba la cabeza con desaliento escuchando las diversas proposiciones.

Una noche preguntó á Matho si en el interior de la ciudad había fuentes.

—Ni una,—contestó Matho.

Al día siguiente, Spendio le llevó á orillas del lago.

—¡Amol!—le dijo el antiguo esclavo;—si tu corazón es intrépido te llevaré á Cartago.

—¿Cómo?

—¡Jura ejecutar todas mis órdenes, seguirme como una sombra!

Entonces Matho, levantando el brazo hacia el planeta de Chabar, exclamó:

—¡Lo juro por Tanit!

Spendio añadió:

—Mañana al ponerse el sol, me esperarás al pie del acueducto, entre el noveno y décimo arco. Tráete un pico de hierro, un casco y sandalias de cuero.

El acueducto de que hablaba, atravesaba oblicuamente el istmo entero y formaba una obra enorme de cinco arcos superpuestos que llegaba hasta la parte occidental del Acrópolis, donde pasaba bajo la ciudad para verter casi un río en la cisterna de Megara.

A la hora convenida, Spendio encontró á Matho. Ató una especie de arpón al extremo de una cuerda, la hizo dar vueltas rápidamente como á una honda, los garfios de hierro hicieron presa y los dos, uno detrás de otro, subieron á lo alto de la pared.

Cuando hubieron llegado al primer piso, les costó mucho trabajo enganchar de nuevo el harpón, pero por fin lo lograron. Otras veces, la cuerda amenazaba romperse.

Por fin llegaron á la plataforma superior. Spendio, de cuando en cuando, se inclinaba para palpar las piedras con la mano.

—¡Aquí es,—dijo,—empecemos!

Y apoyándose en el pico que trajo Matho, consiguieron levantar una de las losas.

En aquel instante advirtieron un grupo de jinetes que galopaban sobre caballos en pelo. Relucían sus brazaletes de oro entre los oscuros pliegues de sus capas. Delante del grupo corría un hombre con un penacho de plumas de avestruz en la cabeza y una lanza en cada mano.

—¡Narr'Havas!—exclamó Matho.

—¡Qué importa!—replicó Spendio; y se hundió en el agujero que acababan de abrir al levantar la losa.

Matho trató de recubrir el agujero; pero no le fué posible.

—Ya volveremos,—dijo Spendio;—pasa delante. Entonces se aventuraron por el conducto de las aguas.

Les llegaban hasta el vientre. Pronto perdieron pie y tuvieron que nadar. Sus miembros chocaban contra las paredes del canal demasiado estrecho. El agua corría, casi tocando las paredes superiores, y contra ellas se desgarraban la piel del cráneo. Luego la corriente les arrastró. Un aire más pesado que el de un sepulcro aplastaba su pecho y con la cabeza bajo los brazos, juntas las rodillas, pasaban como flechas á través de las tinieblas, ahogándose, casi muertos. De repente la obscuridad fué completa y aumentó la velocidad de las aguas. Cayeron.

Cuando hubieron vuelto á la superficie, durante unos instantes, permanecieron tendidos de espaldas aspirando deliciosamente el aire. Muchas líneas de arcos, unas detrás de otras, se extendían desde una á otra pared de los grandes depósitos. Todos estaban llenos, y el agua formaba una sola superficie en toda la anchura de la cisterna. Las cúpulas del techo permitían el paso de una claridad pálida que formaba sobre las ondas discos de luz, y las tinieblas de aquel recinto, que se espesaban más hacia las paredes, le hacían parecer de una amplitud desmedida. El menor ruido despertaba un fuerte eco.

Spendio y Matho se pusieron á nadar, y pasando por bajo las aberturas de los arcos, atravesaron muchas salas. Otras filas de estanques más pequeños se estendían paralelamente á cada lado. Se perdieron; avanzaban, retrocedían. Por fin algo resistió bajo sus talones. Era el piso de la galería que rodeaba la cisterna.

Entonces, avanzando con grandes precauciones, tantearon el muro para encontrar una salida. Pero sus pies se deslizaban y caían en charcos profundos. Salían de ellos y volvían á caer de nuevo. Sentían una fatiga espantosa como si sus miembros al nadar se hubieran disuelto en el agua. Sus ojos se cerraron. Agonizaban.

Spendio tocó con la mano los barrotes de uno reja. Ti-

raron de ella, cedió y se encontraron en una escalera. Una puerta de bronce la cerraba. Con la punta de un puñal cortaron la barra, y de repente el aire libre azotó sus rostros.

La noche era silenciosa, y el cielo parecía estar á una altura desmesurada. Grupos de árboles elevaban sus ramas á lo largo de las paredes. La ciudad entera dormía. Las hogueras de las avanzadas brillaban como estrellas perdidas.

Spendio, que había pasado tres años en el ergástulo, no conocía los diversos distritos de la ciudad. Matho pensó que para ir al palacio de Hamilcar debían tomar á mano izquierda atravesando los Mappales.

—No,—dijo Spendio,—llévame al templo de Tanit.

Matho quiso hablar.

—Acuérdate,—dijo el antiguo esclavo, y con la mano le señaló el planeta de Chabar que resplandecía.

Entonces Matho, silenciosamente, se dirigió hacia el Acrópolis.

Se arrastraban á lo largo de las líneas de nogales que bordeaban los senderos. El agua corría desde sus miembros hasta el suelo. Sus sandalias húmedas no producían ningún ruido; Spendio con ojos relucientes como antorchas, registraba todas las matas; iba detrás de Matho, con la manos puestas sobre los dos puñales que llevaba en los brazos, mantenidos por una argolla de cuero, cerca de los sobacos.

